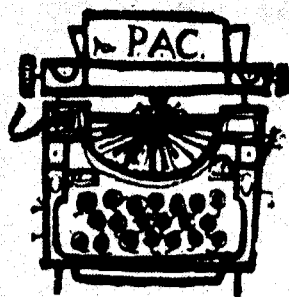


escrito a máquina

Datos para un diagnóstico



Sin incluir los accidentes mortales diarios, la lista macabra que cada lunes publican los diarios como saldo sangriento de fin de semana, ha sufrido, de finales de octubre hasta hoy, una escalada de muerte impresionante. El último fin de semana (10 de noviembre) el número de muertes por accidentes de tráfico ascendió, sólo en Managua, a ocho personas y se produjeron, además, nueve choques más, con heridos y golpeados de mayor o menor gravedad. La semana anterior (4 de noviembre) se produjeron cuatro atropellados, varios choques y dos muertos. En la anterior de octubre, un número parecido: seis choques, dos muertos. "La vida humana no vale nada para los conductores" es el título con que "NOVEDADES" cubre el resultado de una encuesta de ése periódico sobre accidentes de tráfico en Managua.

¿Es que Managua (y por contagio de Managua, el país entero) se ha convertido en un manicomio de locos que buscan —¿por qué causa?— la auto destrucción?

Si aquí hubiera capacidad de preocuparse por algo se debería convocar una gran mesa redonda nacional para estudiar las causas o motivaciones mediatas e inmediatas de esa demencia suicida y para buscarle remedio.

El fenómeno —aunque ya había sido vaticinado como una de las consecuencias del terremoto— se prolonga demasiado y en vez de reducirse está adquiriendo mayores proporciones. ¿Se han sumado otros factores al trauma del terremoto que han venido a ahondar la lesión síquica colectiva de la catástrofe?

Yo no soy ninguna autoridad, pero reflexionando con un poco de sentido común sobre las circunstancias que rodean el fenómeno de auto destrucción, encuentro una serie de situaciones que me parece tienen que influir en la conducta desesperada, irresponsable o suicida de la población rodante.

Comencemos por:

I-LA INFLACION Y COSTO DE LA VIDA

Basta un rato de tertulia o de conversación con cualquier grupo de personas, a cualquier nivel, para darse cuenta que el tema más recurrente y preocupante (y para algunos obsesivo) es la incesante alza del costo de la vida. Toda inflación desequilibra y daña, pero una inflación que no tiene fin o límite, enloquece. El pueblo que está sufriendo ese ascenso incontrolado en los costos de todo, es un pueblo que acaba de salir, a puro pulso, sin protección alguna ni aliciente del Estado, de los escombros. Ese pueblo, al que le llueve sobre mojado, no ha terminado aún de reponerse de la destrucción; tiene ingentes problemas de vida, de habitación, de transporte y lo asedia un horizonte de desempleo.

Sin embargo, no ha habido modo de que el Gobierno asuma el menor control en la agoviante alza de precios. Instituciones técnicas serias han hecho ver y probado que, injustificadamente, se ha provocado una inflación nacional muy superior a la inflación internacional. En un país pobre, golpeado mortalmente por un catástrofe, sin ahorro ni capacidad de inversión más que en una minoría exigua, todo precio que sube sin motivo es un delito. Pero el Gobierno se aferra al anacrónico juego de la oferta y la demanda (es la única "libertad" que el Gobierno ha dejado libre, porque es la única que, como Capitalista, le beneficia), y en esa ficticia libertad de la oferta y la demanda el único que no es libre es el consumidor. Con hipócrita respeto a la libertad el Gobierno deja que cada cosa adquiera (¿por "libre" competencia!) su propio precio.. y todo sube de precio MENOS la única mercadería que tiene para vender la INMENSA MAYORIA DE LOS NICARAGUENSES, que es: su trabajo. El salario nunca sube en proporción a los precios de las cosas. Una mano invisible e implacable le roba diariamente una parte de su escaso salario al asalariado. Y esa población que ve y siente que su salario cada jornada le cubre menos sus necesidades, es una población preocupada, inquieta, angustiada que día a día tiene que moverse más y luchar más para recibir menos. Esa población es la que va al timón de nuestros transportes y vehículos, va pensando en multiplicar su actividad y multiplica la velocidad; se siente agredida y agrede; su problema de vida se hace problema de tráfico y choca y muere o mata.

II.— LOS NUEVOS IMPUESTOS Y LA FRUSTRACION NACIONAL.

Como si fuera poco el problema de la inflación, la creación de nuevos y desmesurados impuestos —que, como todo mundo sabe, quien los paga al final es el consumidor— sólo significan que el costo de la vida sigue creciendo, o, para decirlo en su traducción nicaragüense, que el nivel de la pobreza sube y barre miles y miles de oportunidades de la población obrera y de la clase media. Significa la frustración de tantos proyectos y esperanzas... desde el pobre asalariado que esperaba comprar una madera para levantar su casa, hasta la pobre madre que creyó poder ahorrar para pagar la carrera de su hijo y ahora tiene que emplearlo en cualquier cosa para ajustar el presupuesto familiar...

Es inconcebible que no se piense en la

repercusión de estos problemas, tan graves y molestos, sobre una población profundamente traumatizada, y que, además no recibe aliciente alguno en su vida social. La coincidencia de un aumento de accidentes y suicidios con la inflación creciente, los nuevos impuestos y el nuevo-vejo gobierno, no puede ser eludida. La frustración política y económica de un pueblo tiene que reflejarse en todos sus actos, sobre todo en aquellos que están sujetos a un orden y a una disciplina colectiva. El tráfico simboliza la vida en comunidad. Las leyes de tránsito son un trasunto de las leyes de convivencia en la comunidad. Si el hombre se siente respetado, respeta. Si el hombre se siente agredido, inconscientemente agrede. Un hombre frustrado o inconforme tiene que ser un mal chofer. Aún andando a pie la persona que lleva un disgusto, una cólera, una preocupación, toma al andar un ritmo agitado, tropieza, empuja. ¿Qué será esta persona dueña del poder de un vehículo? El nicaragüense parece recuperar todo su "valor cívico" al timón de un vehículo. Todo lo que no ha podido decir y hacer lo expresa con su violencia de conductor.

III.— LA CIUDAD CON SUS CALLES-CARRETERAS

Pero todavía nos falta agregar un factor último, el fulminante que hace estallar toda esa comprimida inquietud y frustración de los nicaragüenses: Es Managua: la ciudad que en vez de planificarse se convierte en laberinto; la ciudad que sólo se puede vivir a prisa pero que carece de orden —y velocidad sin orden es muerte.

Hemos dejado que la ciudad brote —como la vegetación en un solar vacío— sin norma, sin funcionalidad, sin orientaciones. ¿Y qué ha sucedido?— Por el momento lo que ha sucedido es que obedeciendo a la ley de la inercia y del menor esfuerzo, la ciudad comenzó a brotar en pequeños poblados o "centros" adheridos parasitariamente al movimiento de una carretera o de una pista de circunvalación. (Es interesante observar cómo, por lo mismo que la ciudad ha perdido su centro, hay una especie de obsesión por la palabra "centro". Todo grupo de construcciones es "centro" o supercentro, o metrocentro o corazón comercial o centro de compras). Esto significa que lo que se ha levantado en Managua no es UNA ciudad sino una serie de pueblos de una sola calle y esa sola calle resulta ser carretera, o pista de enlace, o "by pass".

¿Qué pasa, entonces?— que la confusión de calle y carretera es mortal. Es una trampa psicológica que lleva a la muerte. Porque la psicología de la calle —lo que siente y entiende por calle el pueblo peatón— es un lugar de transcurrir lento, de detenerse, de encontrarse, de poder "ver", de saludarse. En cambio la psicología de la carretera o de las pistas de enlace, —lo que entiende por pista y carretera el automovilista o el camionero— es un lugar para desarrollar velocidad, una vía para acortar distancias, para ir rápido y llegar pronto. Nadie ni nada (ni leyes de tráfico, ni semáforos, ni medida alguna) puede cambiar esa opuesta psicología de calle y carretera. Si la ciudad (o las pequeñas ciudades o centros) tienen por calle la carretera, siempre habrán dos mentalidades en choque, la mentalidad del que atraviesa la carretera creyéndola calle y, la mentalidad del que atraviesa la calle creyéndola carretera. Por eso la casi totalidad de las muertes por accidente suceden "al borde" de la carretera convertida en calle.

Hay que representarse, con toda claridad lo que significa la calle en cualquier parte del mundo pero sobre todo entre nosotros. La calle es contemplativa. Vitriñas, anuncios, rótulos luminosos son para verse desde la calle. Desde la calle se ve y se escoge el restaurante, el teatro, el cine, la tienda y todos esos sitios ejercen fascinación. Por eso la calle tiene aceras y está cortada en bloques, en cuadradas, para un fácil cruce. Hay cierto ritual de prudencia en el cruce de la calle —zonas de protección, semáforos, policías de guantes blancos—. ¿Cómo puede mantenerse al mismo tiempo el llamado de los rótulos y de las vitriñas y el manejo de carretera o de velocidad que no permite un segundo de distracción? La noción de calle en nuestro pueblo, nos la definen los mercados, con las ventas en la calle, con los grupos comprando, vendiendo y conversando en la calle. Esa señora que va del mercado a la carretera norte o sur no ha cambiado su concepto de calle. Tal vez algo le llama la atención, tal vez ve a una amiga, se olvida (se olvida que no hay aceras en las mortales carreteras), se acerca al borde fatal y un auto o un bus la atropella y mata.

...Y la guerra sigue! La preocupación, la necesidad, el cansancio, la frustración, la velocidad, el desorden urbano...¿Cuántas causas? Yo no deseo sentar cátedra pero el resultado es aterrador: ¿Una sola noche de domingo en Managua nos cuesta 8 personas muertas, una docena de heridos y otros tantos golpeados!...

PABLO ANTONIO CUADRA